

# Contra todo pronóstico la Iglesia vive

por Jesús María Silveyra

El 2 de febrero fue un día cargado de celebraciones. Día de la presentación del niño Jesús en el Templo y de la Purificación de María después del parto; día de la Candelaria y de la celebración de la Jornada para “la vida consagrada” de los religiosos (instaurada por san Juan Pablo II en 1997).

Según la Ley mosaica (Levítico 12), la mujer que daba a luz a un varón, estaba impura durante siete días y debía purificarse treinta y tres días después del parto. A los ocho días, el niño tenía que ser circuncidado y cumplidos los días de la purificación de la mujer, si era el primogénito (el mayor), debía ser consagrado al Señor en el Templo. De allí que José, con María y el niño Jesús, fueran a cumplir con el rito y lo que mandaba la Ley. Y una vez en el Templo, se encontraron con dos personajes que pasarían a la historia del cristianismo, de la Iglesia y de nuestra fe. El anciano Simeón y la profetiza Ana.

Repasemos lo que nos dice el evangelio de san Lucas (Lc 2, 25-36): “Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, que era justo y piadoso, y esperaba el consuelo de Israel. El Espíritu Santo estaba en él y le había revelado que no moriría antes de ver al Mesías del Señor. Conducido por el mismo Espíritu, fue al Templo, y cuando los padres de Jesús llevaron al niño para cumplir con él las prescripciones de la Ley, Simeón lo tomó en sus brazos y alabó a Dios, diciendo: ‘Ahora, Señor, puedes dejar que tu servidor muera en paz, como lo has prometido, porque mis ojos han visto la salvación que preparaste delante de todos los pueblos: luz para iluminar a las naciones paganas y gloria de tu pueblo Israel’.

Su padre y su madre estaban admirados por lo que oían decir de él. Simeón, después de bendecirlos, dijo a María, la madre: ‘Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción y a ti misma una espada te atravesará el corazón. Así se manifestarán claramente los pensamientos íntimos de muchos’.

Había también allí una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la familia de Aser, mujer ya entrada en años, que, casada en su juventud, había vivido siete años con su marido. Desde entonces había permanecido viuda y tenía ochenta y cuatro años. No se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día con ayunos y oraciones. Se presentó en ese mismo momento y se puso a dar gracias a Dios. Y hablaba acerca del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén”.

Tanto Simeón como Ana, ven en el niño al Salvador. Simeón, además, profetiza que Jesús será signo de contradicción y que una espada atravesaría el corazón de María (seguramente, en el Calvario). Según la tradición de la Iglesia, a raíz de esta Presentación, se celebra la fiesta de la Candelaria o de las Luces, ya que Cristo, la luz del mundo que fue presentado por María en el Templo, vino a iluminarnos como las velas o candelas.

Claro que a fines del siglo XIV surge la devoción a la Virgen de la Candelaria en las islas Canarias y de allí pasa a nuestra América, por lo cual a veces se confunden los motivos.

Hay mucha gente que piensa que la Iglesia católica en Occidente hoy se está muriendo en medio de la pandemia. Primero, porque las restricciones indebidas al culto la afectaron. Segundo, porque en un mundo cada vez más secularizado tiene menos peso su voz. Tercero, porque la humanidad pareciera alejarse cada vez más de Dios y de lo religioso. Y cada uno podrá agregar más motivos.

Sin embargo, el 2 de febrero, asistimos con mi mujer a la profesión temporal de dos frailes de la Orden de los "Siervos de María" (OSM), en la iglesia conventual Nuestra Señora de Fátima, en la homónima pequeña localidad de la provincia de Buenos Aires y grande fue nuestro gozo por un triple motivo: dos frailes hicieron su profesión religiosa y ampliaron su compromiso con el Señor (Jesús María Sangama, peruano, y Reyca María Castro, venezolano); estuvieron acompañados en la celebración no sólo por el prior del convento y sus hermanos frailes sino por más de una decena de monjas de la floreciente Sociedad San Juan, todas ellas muy jóvenes; y el celebrante bendijo las velas que con mi mujer llevamos para celebrar la Candelaria encendiendo la luz de Cristo en nuestro hogar.

Salí de la capilla renovado en el Espíritu, pensando que la Iglesia no estaba muerta, sino que vive de acuerdo a los signos de los tiempos. El Papa emérito Benedicto XVI, siendo un joven teólogo en su libro "Fe y Futuro" publicado en 1973 por la editorial Sígueme, profetizaba entre otras cosas: "De la iglesia de hoy saldrá también esta vez una iglesia que ha perdido mucho. Se hará pequeña, deberá empezar completamente de nuevo. No podrá ya llenar muchos de los edificios construidos en la coyuntura más propicia. Al disminuir el número de sus adeptos, perderá muchos de sus privilegios en la sociedad. Se habrá de presentar a sí misma, de forma mucho más acentuada que hasta ahora, como comunidad voluntaria, a la que sólo se llega por una decisión libre. Como comunidad pequeña, habrá de necesitar de modo mucho más acentuado la iniciativa de sus miembros particulares...Pero en todos estos cambios que se pueden conjeturar, la iglesia habrá de encontrar de nuevo y con toda decisión lo que es esencial suyo, lo que siempre ha sido su centro: la fe en el Dios trinitario, en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, la asistencia del Espíritu que perdura hasta el fin de los tiempos. Volverá a encontrar su auténtico núcleo en la fe y en la plegaria y volverá a experimentar los sacramentos como culto divino, no como problema de estructuración litúrgica...Se puede predecir que todo esto necesitará tiempo. El proceso habrá de ser largo y penoso. Hasta llegar a la renovación como ocurrió en el siglo XIX, también fue muy largo el camino desde los falsos progresismos en vísperas de la revolución francesa...Pero tras la prueba de estos desgarramientos brotará una gran fuerza de una iglesia interiorizada y simplificada. Porque los hombres de un mundo total y plenamente planificado serán indeciblemente solitarios. Cuando Dios haya desaparecido completamente para ellos, experimentarán su total y horrible pobreza. Y entonces descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo completamente nuevo. Como una esperanza que les sale al paso, como una respuesta que siempre han buscado en lo oculto. Así que me

parece seguro que para la iglesia vienen tiempos muy difíciles. Su auténtica crisis aún no ha comenzado. Hay que contar con graves sacudidas. Pero también estoy completamente seguro de que permanecerá hasta el final: no la iglesia del culto político, que ya ha fracasado, sino la iglesia de la fe. Ya no será nunca más el poder dominante en la sociedad en la medida en que lo ha sido hasta hace poco. Pero florecerá de nuevo y se hará visible a los hombres como patria que les da vida y esperanza más allá de la muerte”.

Parte de estas profecías del entonces Joseph Ratzinger han circulado últimamente por las redes con un marco pesimista, por esa razón comparto esta experiencia, porque al salir de la capilla, comencé a sentir el renacimiento de la Iglesia desde la pequeñez de un niño que vino a iluminar al mundo y romper las tinieblas. ¡Gloria a Dios!